

## **XXXII Domingo del Tiempo Ordinario C**

**2M 7, 1-2.9-14; Sal 16; 2Ts 2, 16-3,5; Lc 20, 27-38**

*Acercándose algunos de los saduceos, esos que sostienen que no hay resurrección, le preguntaron: "Maestro, Moisés nos dejó escrito que si muere el hermano de alguno, que estaba casado y no tenía hijos, que su hermano tome a la mujer para dar descendencia a su hermano. Eran siete hermanos; habiendo tomado mujer el primero, murió sin hijos; y la tomó el segundo, luego el tercero; del mismo modo los siete murieron también sin dejar hijos. Finalmente, también murió la mujer. Esta, pues, ¿de cuál de ellos será mujer en la resurrección? Porque los siete la tuvieron por mujer. Jesús les dijo: "Los hijos de este mundo toman mujer o marido; pero los que alcancen a ser dignos de tener parte en aquel mundo y en la resurrección de entre los muertos, ni ellos tomarán mujer ni ellas marido, ni pueden ya morir, porque son como ángeles, y son hijos de Dios, siendo hijos de la resurrección. Y que los muertos resucitan lo ha indicado también Moisés en lo de la zarza, cuando llama al Señor el Dios de Abraham, el Dios de Isaac y el Dios de Jacob. No es un Dios de muertos, sino de vivos, porque para él todos viven."*

En la presente semana, las lecturas nos ponen frente a la esperanza de la vida cristiana, porque nos hablan de la resurrección de los muertos y de la vida del mundo futuro. Así la conversación que tendrá Cristo con los saduceos se nos presenta como una ayuda para comprender que las promesas que Dios había hecho al pueblo de la Antigua Alianza encuentran su fundamento, en la Nueva Alianza, en el acontecimiento Pascual de Cristo.

La otra vida es de verdad otra vida, una vida diferente. Es el cumplimiento de todas las esperanzas que el hombre tiene sobre la tierra -e infinitamente más--, pero en un plano distinto. Por eso nos dice el evangelio: «...Los que alcancen a ser dignos de tener parte en aquel mundo y en la resurrección de entre los muertos, ni ellos tomarán mujer ni ellas marido, ni pueden ya morir, porque son como ángeles...».

La primera lectura del libro de los Macabeos pone de manifiesto la de fe. En una época en la que el pueblo elegido era perseguido ferozmente, siete hermanos no dudaron en afrontar juntamente con su madre los sufrimientos y el martirio, con tal de no faltar la fidelidad al Dios de la Alianza: «...El rey del mundo, a nosotros que morimos por sus leyes, nos resucitará a una vida eterna...».

En el evangelio ante la pregunta insidiosa de los saduceos, que niegan que haya resurrección de los muertos, y quieren lograr que Jesús tome una posición al respecto, Él responde con claridad que los muertos resucitan. Ésta es la afirmación más importante y solemne, Jesús manifiesta: «...Y que los muertos resucitan lo ha indicado también Moisés en lo de la zarza, cuando llama al Señor el Dios de Abraham, el Dios de Isaac y el Dios de Jacob...». Explica también cómo será la vida

eterna, partiendo de esta pregunta provocadora de quienes con evidente ironía le preguntan de quién será esposa, después de la muerte, una mujer que tuvo durante su vida muchos maridos sucesivos, Jesús responde que los resucitados «...ni ellos tomarán mujer ni ellas marido, ni pueden ya morir, porque son como ángeles, y son hijos de Dios...». Y es importante comprender que el sentido de la pregunta no está en que les interese la resurrección, sino simplemente en ponerle en dificultad. La respuesta de Jesús está anunciando que la resurrección, será el nacimiento pleno a la vida nueva, pues todo lo de este mundo pasará.

San Paulino de Nola nos dice: "...Si nos amáramos más y mejor, no se nos antojaría extraño que en el cielo no haya el exclusivismo del amor que vivimos en la tierra, totalmente comprensible a causa de nuestra limitación, que nos dificulta el poder salir de nuestros círculos más **próximos**. Pero en el cielo nos amaremos todos y con un corazón puro, sin envidias ni recelos, y no solamente al esposo o a la esposa, a los hijos o a los de nuestra sangre, sino a todo el mundo, sin excepciones ni discriminaciones de lengua, nación, raza o cultura, ya que el «amor verdadero alcanza una gran fuerza»..." (San Paulino de Nola).

La vida nueva, inaugurada por la Resurrección de Jesucristo, mientras peregrinamos por este mundo es la esperanza que nos hace trascender a la Vida Eterna. En Él se nos abre de nuevo el futuro y la esperanza de la resurrección de nuestros cuerpos mortales. En Él tenemos ya la certeza de la victoria de la vida sobre la muerte: la esperanza de la vida eterna. Su resurrección es la garantía de nuestra resurrección final. Teofactus, escritor sagrado, nos dice: "...También el Señor añadió a la razón ya dicha el testimonio de la Escritura, diciendo: "Y que los muertos hayan de resucitar lo manifestó Moisés, cuando junto a la zarza le dijo el Señor: Yo soy el Dios de Abraham, el Dios de Isaac y el Dios de Jacob". Como si dijera: Si los patriarcas volviesen a la nada, y no viviesen en Dios con la esperanza de la resurrección, no hubiese dicho "Yo soy", sino "yo había sido"; porque cuando hablamos de cosas pasadas o que no existen, decimos: Yo era dueño de aquella cosa; así que, cuando dice ahora: Yo soy, da a conocer que El es Dios y el Señor de los vivos, como demuestran además estas palabras: "Y no es Dios de muertos, sino de vivos, porque todos viven en El". Por tanto, aunque hayan muerto, viven en El con la esperanza de resucitar..."

La fe en la resurrección es la fe en el Dios de la Alianza, en el cumplimiento de su promesa de salvación; porque Dios es un. Aquí está centrada la diferencia sustancial, entre la religión natural, que abre al hombre a buscar a un ser supremo o deidad. En el cristianismo Dios se nos ha revelado, se ha dejado encontrar, conocer; Cristo dirá en varios pasajes de los evangelios: "...quien cree en mí vivirá...". Cristo es la revelación del Dios de la Alianza, y como dice San Pablo: "...pasó lo viejo y todo es nuevo...Hoy es el día de la salvación...". La fe en la resurrección, no es dar un salto al vacío, aunque lo haya dicho Pascal; la fe es la

garantía de lo que esperamos. El acontecimiento de la resurrección, es vivir en el acontecer de Dios, que da vida a los muertos y somos llamados a vivir nuestra vida como una creación de Dios, encaminados hacia la Pascua definitiva.

Pbro. Oscar Balcázar Balcázar